

# Ntra. Sra. del Remedio

8 de Agosto de 2014, S. I. Concatedral

Queridos hermanos, con gran alegría celebramos hoy la fiesta de Ntra. Sra. del Remedio. En un año muy especial, cuando estamos todavía inmersos en la conmemoración de los 450 años del nacimiento de nuestra Diócesis y este año, aquí en Alicante conmemoramos con mucho sentimiento los 525 del Milagro de la Lágrima, aquel hecho que significó el arranque de esa devoción única, singular y extraordinaria de nuestra ciudad a la Santa Faz. En este contexto, acabamos de escuchar el texto siempre precioso y sugerente de las bodas de Caná (Jn 2, 1-11), narración que en el Evangelio de Juan arranca –lo acabamos de escuchar- con los signos de Jesús, de la presentación que hace el Evangelista Juan en siete signos en los que mostrar la persona, la misión, la tarea de Jesús en medio de su gente. En este episodio, lo original es que entra en escena María, la Virgen, a la que siempre Juan se refiere como la Madre de Jesús. Deteniéndonos en el diálogo entre Jesús y su Madre, vemos que a María no le hace falta muchos elementos para darse cuenta que el vino se les ha terminado, con todo lo que eso significaba en una boda, en esa cultura, en aquel tiempo. Le falta tiempo para compartir con su hijo esa necesidad y su comunicación es una oración: «no tienen vino». Ante la respuesta más bien seca de su hijo, no se detiene, no pierde la esperanza, sigue adelante e indica a los sirvientes unas palabras que siguen valiendo oro también para nosotros: «haced lo que Él os diga». Y a partir de ahí se despliega, ante los ojos de María y ante todos con sorpresa –como hemos escuchado- el signo, el milagro del vino. Ella, la “nueva Eva”, por eso hemos escuchado ese texto del Génesis como primera lectura (Gen 3, 9-15. 20), remite a Cristo, intercede, media, le mueve actuar y hace que esa actuación de Jesús se manifieste en su primer milagro como fuente de gozo y de liberación de una pesadilla para aquellas

criaturas que acababan de casarse. Vemos con toda evidencia que el centro del texto es Cristo. María esta junto a Él con su fe limpia y sencilla sigue diciéndonos a nosotros: «haced lo que Él os diga». Como Ella hará –y lo vemos precisamente en el Evangelio de Juan- María vuelve a reaparecer para hacer lo que Él diga al pie de la cruz. Allí le dirigirá mirando a Juan sus últimas palabras «Madre, ahí tienes a tu hijo». Juan la acoge como Madre y en él nosotros somos acogidos como hijos.

Cuantas reflexiones se han hecho y cuantas cosas se han dicho y se han escrito entorno a estos momentos del Evangelio y siempre vemos a María al lado de su Hijo como la imagen de nuestra Virgen del Remedio. Siempre es una presencia de súplica la de María, de mediación que remedia.

Reflexionando esto es preciso –y más en este año de la Santa Faz- que recuerde una vez más la fiesta de hoy que en 1648 tuvo una singularidad. Alicante estaba con una peste que se llevaba por delante a mucha gente de nuestra ciudad. Entonces el Cabildo y el Ayuntamiento creyente del Alicante de entonces, deciden juntos sacar por nuestras calles la gran reliquia, la Santa Faz y la venerada imagen de Ntra. Sra. del Remedio. Los dos juntos, María junto a la Santa Faz, junto a su Hijo, obran ese milagro de que la peste parase en seco y en la mente, en la memoria histórica de Alicante quedó grabado aquel día, como el día también del arranque de la secular y penitencial devoción de Alicante a Ntra. Sra. del Remedio. Como un nuevo Caná de Galilea de nuevo, aquí, María junto con al Hijo intercedió, remedió nuestras necesidades.

A la luz de todo ello os animo de corazón y más en un día como este a revivir la confianza en María, en nuestra Virgen del Remedio, a llamar con fe a su intercesión, a confiar en ella, a llamar –como decía el Papa el año pasado en Aparecida- a la puerta de María. Él mismo nos recordaba unas actitudes que yo veo reflejadas de una forma maravillosa en los textos

de la Palabra de Dios que acabamos de escuchar. Mantener la esperanza. El Salmo Responsorial que hemos cantado y rezado juntos, precisamente recogía las palabras de María en Magnificat. Ese canto suyo donde lo que hace es recordarnos que hay que confiar en Dios, que Dios cumple, que Dios siempre es bueno, misericordioso, que no olvida sus promesas. María desde la fe sencilla en el Magnificat nos invita, nos empuja a mantener la esperanza en Dios, a confiar en el Señor, a no desesperar jamás.

También es bueno dejarse sorprender por Dios. El Evangelio que acabamos de escuchar de las Bodas de Caná es una hermosa sorpresa que se llega incluso a María y a los demás discípulos de Jesús. Jesús nos sorprende, actúa más allá de lo imaginable, de lo que podía esperarse. Y si nosotros también tenemos fe, esa humildad de María, ese tesón, ese no desanimarse, Jesús es capaz de cambiar la aridez del agua de nuestras vidas por el vino nuevo, la nueva creación que solamente Él puede realizar en nuestra vida. Busquemos la intercesión de María para que el Señor cambie en nosotros, transforme todo aquello que necesitamos que venga a cambiar.

Vivir con alegría. El Papa Francisco en su muy especial documento del pasado mes de Noviembre, “La alegría del Evangelio”, ya en el inicio nos recuerda algo que para tantos cristianos durante dos mil años es una pura evidencia: el agua de la alegría que llena el corazón y lo transforma de aquellos que se encuentran de verdad con Jesús. Él dice: «con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (EG 1). Él mismo –el Papa Francisco– contrapone esa alegría que brota de la fe, de encontrar a Jesús al gran riesgo del mundo actual: una tristeza que nace del individualismo, de ese relativismo moral que no cree en nada y que brota y hace que el corazón se convierta en comodidad y pura conveniencia personal, en esa búsqueda enfermiza del placer superficial, en una conciencia aislada de cualquier verdad y de los otros. La fe, al contrario, nos hace salir de nosotros, liberarnos de nosotros mismos, abrimos a nuevos horizontes y nos hace

compartir –compartir y creer van unidos- la fe y la alegría. Así es como María en la Visitación, después de haberle dicho a Dios sí y de haberle dado toda su vida, habiendo creído como nadie, escuchará de labios de Isabel aquellas palabras que son toda una profecía también para nosotros: «dichosa tú que has creído» (Lc 1,45). Y María lleva consigo no sólo la fe, sino también la alegría que hace saltar a Juan en el vientre de su madre.

Jesucristo puede cambiar, como en Caná, nuestra tristeza en gozo, nuestra soledad en abrimos a un mundo que nos necesita, haciendo lo que Él nos diga, como nos decía María. Acudamos a Ella para que así sea, Ella, nuestra Madre y Patrona de Alicante. Pidámosle para nosotros, para nuestras gentes y nuestras familias, para la gente que tanto sufre hoy, la esperanza, la certeza, la confianza y la fe firme en Dios. La alegría de una fe limpia, sencilla, auténtica como la suya y démosle gracias a Ella por tanto bien, tanta fe y amor como derrama todos los días su Hijo sobre nuestro Alicante. Por medio de Ella, habiendo recibido en su Hijo nosotros ese espejo de su amor que es la Santa Faz. Que María sea nuestro Remedio. Así sea.

**+ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante